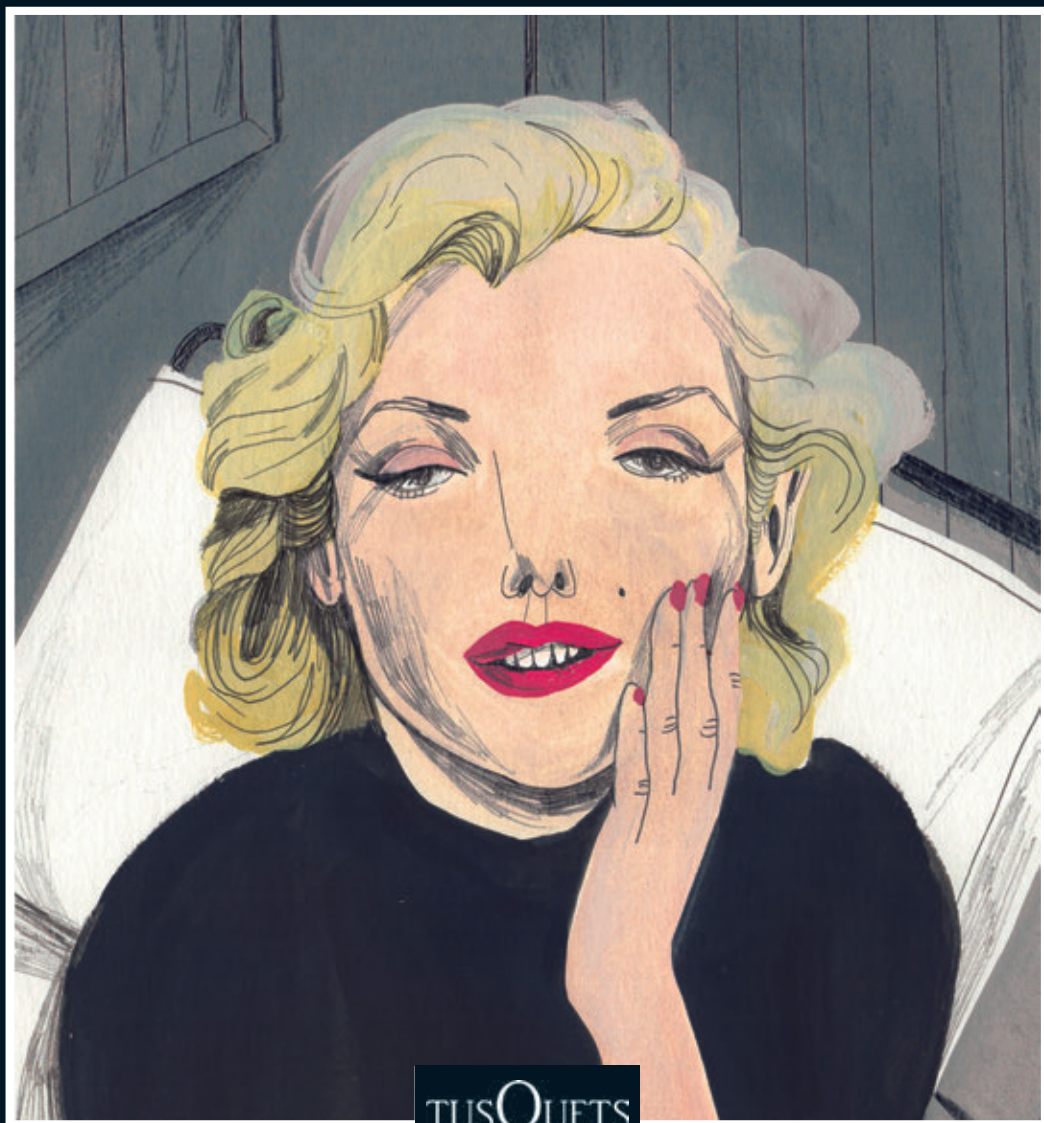


Rafael Reig

AUTOBIOGRAFÍA DE MARILYN MONROE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: abril de 2019

© Rafael Reig, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-670-1400-6
Depósito legal: B. 4.919-2019
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

1. I feel life coming closer	13
2. Taint dishes, taint wishes	25
3. I might scare you.....	45
4. Think of me as a predatory animal	63
5. She was not indifferent.....	83
6. A beautiful child	99
7. An electric light	109
8. To make one person completely happy	137
9. Our right to twinkle	145
10. Marriages are conspiracies.....	159
11. Hanging downward	183
12. The future vanished.....	191
13. Love me for my yellow hair alone.....	203

Escuche usted:

Querida Marilyn:

Por favor, querida niña, me gustaría recibir una carta tuya. Todo es horrible en este lugar y quiero salir de aquí lo antes posible. Creo que una madre merece el amor de su hija y no solamente su odio y su desprecio. Una carta, una sola carta es todo lo que pido. Ni siquiera te suplico que vengas a ver a tu madre que sufre. ¿Es esto pedir demasiado a una hija? Te quiere, tu Madre.

¿No le parece extraño que mi madre me llame Marilyn? Debería llamarme Norma, pero me llama Marilyn, ¿sabe usted por qué? Es un mensaje: te he reconocido, sé quién eres, sé todo lo que has hecho, no creas ni por un momento que no conozco la infamia de tu vida; eso es lo que intenta decirme, en realidad.

Está escrita desde un manicomio. Mi madre está completamente loca. Es una característica familiar,

como el color de los ojos, la longitud de los muslos o esa costumbre nuestra de mantener siempre los labios entreabiertos.

No sé si la quiero o no la quiero. A lo mejor lo único que me sucede es que tengo miedo de enloquecer igual que ella. ¿Usted qué cree? ¿Usted cree que una persona que ha perdido el juicio sabe que ha perdido el juicio? ¿Entiende lo que le quiero decir? ¿Usted cree que un loco se da cuenta de que se ha vuelto loco? Una vez leí que una cabeza cortada sabe, durante unos segundos, que es una cabeza cortada. ¡Imagínese! Debe de ser horrible. En cierto modo, un loco es como un decapitado: una cabeza que sabe que ya ha rodado por el suelo, separada de su cuerpo, ¿no le parece a usted? Mire, aquí tengo otra, ponga atención:

Querida niña:

Arrepiéntete. Arrepiéntete mientras puedas: ¡el tiempo está próximo! Recuerda lo que dice el salmo del Señor: «Temblad y no pequéis, meditad esto en vuestros corazones, en vuestras alcobas, y pensad». El castigo del Señor se acerca, ya no puede tardar, y entonces, querida niña, todos seremos quebrantados por su mano. Escucha a Isaías: «Todo hombre será derribado, todo mortal humillado, no los perdonarás. Meteos en los escondrijos de las peñas, escondéos en el polvo, ante la presencia aterradora de Yahvé, ante el fulgor de su majestad cuando venga a castigar la tierra». Antes de ser aniquilada, imírate a ti misma, hija mía! Y arre-

piéntete de todo. Mírate: ¿no te da vergüenza? ¿Es que no te da vergüenza?

¿Qué le parece? Esta es mi madre. Me estoy quedando ronca de tanto suplicar misericordia; afónica de pedir perdón y piedad. Me tiemblan todos los huesos y ya no puedo implorar más compasión y, sin embargo, todavía no sé qué pecado he cometido. Todavía no sé por qué merezco ser castigada. No lo sé. He sido educada así, para convencerme de que soy culpable de antemano. Y tengo miedo. Pienso: y tengo miedo.

No, no creo que me haya educado mal, en absoluto. Es más sencillo: ella no me educó. Pasé mi infancia en hogares ajenos y en orfanatos. Nadie me ha educado nunca. Nadie me ha querido. Nadie me ha dicho nunca lo que era la vida, lo que me iba a encontrar.

No lo sé, ninguna información en particular. No se trata de eso. Pero hay cosas que los niños deben saber.

Deben saber que les quieren, por ejemplo.

Desde luego, cuando tenga una hija, le diré la verdad. La querré, pero también le contaré todo lo que a mí nunca me dijeron.

Algo sencillo y verdadero. Querida, sé feliz. Eso es lo que le diría. No le hablaría de Dios ni del pecado. No tengas miedo, cariño, porque yo te quiero, yo siempre te quiero, pase lo que pase, recuérdalo. Eso le diría.

Pero no solo se lo diría: me esforzaría en lograr que ella lo sintiera, que ella se diera cuenta de que la quieren,

¿me comprende? Que supiera que la quiero, pero no porque yo se lo diga ni tampoco porque ella lo piense, sino de la misma manera en que uno sabe si tiene hambre o si tiene sed, como una sensación corporal.

Los niños tienen que sentir cariño a su alrededor. De lo contrario, nunca podrán ser felices porque a quienes les ha faltado amor incondicional en la infancia les faltará siempre la capacidad para sentir el amor de los demás, para darse cuenta de que es real, con la misma realidad que posee un día de sol o como sentimos el viento en la cara. No sé si me comprende.

Y le hablaría de la vida. Sé feliz, amor mío, le diría. Deja que tu chico, Harry, Doug, Jimmy o como se llame, te toque por debajo de la ropa. Dale un beso en la boca. Acuéstate con él en el asiento de atrás del coche. Empaña los cristales. Mira crecer la luna. Y date prisa, cariño, no tienes todo el tiempo del mundo. Algún día, muy pronto, tú y Jimmy tendréis que empezar a vivir escondidos. Jimmy tendrá que ocultarse y solo será visible el señor James; y a ti te pasará lo mismo.

Tendréis que acabar viviendo en una casa de las afueras. acostándoos pronto y desayunando cereales con leche. Tomaréis absurdas medicinas y tendréis que preocuparos por el colesterol. Acabaréis comprando en los supermercados y llegará el día en que estaréis completamente convencidos de que no se pueden poner los pies encima de las mesas de caoba. Y tendréis que cenar con matrimonios amigos, los sábados por

la noche. ¡Por el amor de Dios! Y siempre será así, clandestinos, escondidos, inmensamente ocultos. Empezaréis a utilizar nombres falsos, como, por ejemplo, señor y señora Mulligan, o algo semejante. O Papá y Mamá, sin ir más lejos.

Asusta pensar todo lo que tendréis que hacer vosotros dos, Jimmy y Dotty, para encontrar un escondite; cómo vais a tener que vivir en las tinieblas, por debajo del agua, sin ser vistos. Como fugitivos. Como animales acorralados. No habrá más remedio: Tommy y Linda, Johnny y Betty, Charlie y Sue, ¿qué quedará de ellos? ¿Qué quedará de vosotros?

Cuando seáis otros, los que ahora sois no van a desaparecer del todo. Eso es lo malo. Siempre van a estar ahí. Vivirán en la oscuridad, a sombra de tejado, parapetados tras una identidad fingida: el señor Thomas, el señor John, el señor Charles. Os acordaréis de la vida, la verdadera vida, pero ya no sabréis cómo encontrarla. Solo sentiréis que ellos siguen ahí, en silencio, como una mano al otro lado de la pared: Tommy, Johnny, Charlie. Intentaréis disfrazaros lo mejor posible, acudir a reuniones semanales, organizar partidas de canasta, participar en las actividades de la comunidad, en los bailes benéficos y en la fiesta de fin de año, y hablaréis siempre en voz muy alta, para que nadie pueda descubrir a Timmy y a Peggy, para lograr que pasen inadvertidos, para que nadie les escuche ni mire hacia ellos, aunque vosotros no podréis dejar de oírlos, sobre todo de noche, sin sueño, a solas,

cuando cerréis los ojos al tropezar en el pasillo contra las patas de los muebles.

Así será para vosotros, así ha sido siempre. Por eso tenéis que daros prisa, antes de que sea demasiado tarde.

Amor mío, intenta siempre ser feliz, por encima de todo, contra todos, porque sabes que yo te quiero.

Eso le diría. Este sería el discurso de Marilyn Monroe a las jóvenes norteamericanas. ¡Jóvenes de los Estados Unidos, uníos, mirad alrededor! ¡No os dejéis engañar! Os lo dice Marilyn Monroe, la novia de América.

Hay que saber estas cosas, ¿no lo cree usted? Los hombres mueren y no son felices. Es así de sencillo. Por eso me asusta la vida, Andrew. Me da miedo, mucho miedo.

Pero escuche:

Querida Marilyn:

En primer lugar, yo nunca quise que fueras actriz. Acabarás mal y te voy a decir por qué: has cometido muchos pecados. Demasiados. Has ofendido al Señor una y otra vez. Él ha derramado en la cruz su sangre para liberarte: ¿qué crees que debes hacer ahora tú por Él, hija mía? ¿Te figuras que no tienes que pagar tu deuda? Consulta a tu conciencia. Pero, claro, vosotros nunca pensáis en eso, porque sois jóvenes todavía y eso os hace creer que la muerte está lejos. Nada más falso, querida niña. La vida del hombre es un relám-

pago muy breve entre dos oscuridades, la vida huye como sombra, pasa como soplo y no subsiste. Sois una generación indócil, pero acordaos de sus palabras: «Circuncidad vuestros corazones y no endurezcáis más vuestra cerviz». El Señor seguirá agonizando en la cruz por todos vosotros, hasta la consumación de los tiempos, y mientras tanto, ¿cómo podéis conciliar el sueño?, ¿cómo sois capaces de olvidaros de Él? ¿Por qué seguís pecando? Querida niña, arrepíentete de todo y tiembla, ponte de rodillas, implora su perdón, que tus gemidos hagan crujir tus huesos hasta que llegue a Él el clamor de tu arrepentimiento. Limpia de inmundicias un corazón que te lleva incluso a la iniquidad de aborrecer a tu propia madre, sangre de tu sangre.

¿Qué le parece? Casi todos los meses recibo alguna carta semejante. Tengo cientos de ellas. Por eso es para mí absolutamente necesario que mis hijos sean felices, que no se sientan culpables.

Me miro a mí misma y me pregunto: ¿qué ha sido de mi vida?

Se lo podría decir en dos palabras: a mí nadie me ha querido, no he vivido.